

El fracaso de la utopía y la vuelta a la religión en la URSS

Georges Nivat

Traducción de Mercedes Córdoba y Magro

¿Se puede condenar igual en todos los casos a los miembros del partido Social Demócrata cuando declaran "El socialismo es mi religión"? No: el daño al marxismo es evidente, pero el sentido de este daño puede variar. Una cosa es cuando el propagandista se expresa así para que lo comprendan mejor (...), y otra cuando empieza a predicar la "construcción de Dios" o "el socialismo de la construcción de Dios" a la Luncharski y Compañía. Para unos, la expresión "el socialismo es una religión" significa el paso de la religión al socialismo; para otros, del socialismo a la religión. (Lenin en "Sobre la relación de la clase obrera con la religión"; *Obras* T. XIV, p. 73, 3a. edición en ruso.)

A esta primera cita, en la cual Lenin plantea claramente la alternativa entre socialismo y religión con sus variantes disimuladas: falsa religión que evoluciona hacia el socialismo y falso socialismo que evoluciona hacia la religión, me gustaría oponerle otra cita, extraída de las *Memorias* de la señora Irina Emelianova: "Las hijas de la luz", publicadas en la revista *Novy Mir* en 1990 (no. 3). En el gulag, la señora Emelianova descubrió, trató y llegó a apreciar a mujeres sencillas y obstinadas, a mujeres cuyo único delito era la fe: mujeres de las Iglesias clandestinas, de las sectas que pululan entre el humilde pueblo ruso. Aquí la tenemos trasladándose a Taichet:

—¿Y usted, por qué está aquí?

—Por Dios.

Pero a mí no me la pegan así nada más. Cuanto más nos acercábamos a Taichet, donde se encontraba nuestro futuro campo de "políticos", con tanta más frecuencia nos soltaba el vigilante, cuando le pedíamos algo que leer, [...] folletos adornados con arañas, crucecitas negras y revólveres: "A la sombra de la cruz negra"; "¿A quién protege la torre de la guardia?"; "La CIA y el sedicente Ejército de Cristo", y otros títulos de este tenor. Nunca vi estas publicaciones mientras fui libre: evidentemente, eran el indispensable arsenal bélico del campo al que nos acercábamos. La había leído y ahora podía acosar mejor a estas mujeres.

—¿Y usted cree en la inmortalidad del alma?

Tosia (así se llamaba una de estas ucranianas) suspiró y me dijo de sopetón:

—¡Por eso estoy en este campo!

—¿Y cree en la resurrección de los muertos?

—¡También por eso!

—¿Y cree en la vida eterna en una tierra nueva?

—Claro, todos iremos a la nueva Israel.

Vi que Tosia era pentecostista.

—¿Y cuántos años le cargarán?

—Diez.

¡Ah, esos diez años distribuidos generosamente por el po-

der soviético a todas estas Tosias y Paranas a cambio de la inmortalidad del alma! ¡Cuántas veces escuché en respuesta a mis preguntas: Diez años por la causa de Dios!

Para comprender los actuales acontecimientos de la URSS, es decir, el fracaso del comunismo y el manifiesto regreso a la religión, debemos comenzar estableciendo bien esta relación entre el socialismo y la religión en el país de Dostoievski. El autor de *Los demonios* había advertido claramente que el socialismo ruso era de carácter religioso, y que él mismo era ante todo un ateo religioso. Sergei Bulgakov regresó en varias ocasiones a esta raíz religiosa común del "sin Dios" (*el bedsboynik*) y del creyente ruso.

El experimento filosófico de Bodganov, al cual alude Vladimir Lenin en su artículo "Religión y socialismo", es decir, la idea de la "construcción de Dios" a través del empeño colectivo de la humanidad trabajadora y proletaria (idea que auspició Gorki en su periodo "bogdanoviano", en particular al final de la novela *Una confesión* de 1909), había sido el intento de tender un puente entre el socialismo y la religión. Para los "constructores de Dios", éste no había sido revelado en los inicios de la humanidad, sino que era construido al final de la humanidad, cuando ésta terminaba de organizarse globalmente. Este culto a la energía y la organización, al que también se rindió Gorki, tuvo un papel en la instalación del sistema ateo y prometeico que fue el sistema bolchevique de Stalin. Empero, la ambivalencia que encontramos en el clásico diálogo entre creyentes y marxistas, inaugurado por el "bogdanoviano" Lunacharski en sus lides públicas con el obispo Vvedensky, "renovador" de la Iglesia en los años veinte, no debe ocultarnos la cruda verdad: el bolchevismo luchó tenazmente y por todos los medios contra la Iglesia. La mejor prueba de ello son las Tosias y las Paranas.

Hace poco, los *Izvestia* del comité central del PCUS, interrumpidos de 1929 a 1988, publicaron la nota secreta de Lenin acerca de la liquidación física del clero. La nota ya había aparecido quince años antes en *El mensajero ortodoxo*, en París, y trata de una instrucción ultrasecreta de 1922 (cuando se expropiaban los bienes eclesiales y se padecía la hambruna) y del rechazo del patriarca Tijon a entregar los objetos del culto al poder y a su policía.

Una decisión del próximo congreso debiera aprobar la implacable confiscación de los bienes de la Iglesia. Mientras más éxito tengamos en fusilar al clero y a los miembros de la burguesía reaccionaria, tanto mejor. Ahora o nunca: es el momento de dar a esta gente una lección que le haga olvidar la idea de resistirse cuando menos durante los próximos decenios. Lenin. Secreto total. Sin copias. (Ver el documento anexo completo.)

Entonces presenciábamos una orgía de sacrilegios y profanaciones. Alejandro Neyni, uno de los más lúcidos comentaristas e historiadores religiosos rusos de hoy, recordaba hace poco que entonces eran frecuentes las profanaciones colectivas con bacanales y días de campo en los coros de las iglesias, sobre las aras consagradas. Le traspasaban los labios a los iconos del Salvador y de la Virgen y les ponían un cigarrillo con la inscripción "¡Fuma, camarada, mientras estamos aquí! ¡Cuando nos hayamos ido, ya no fumarás!"

El ateísmo oficial enseñado y difundido por cientos de miles de propagandistas asalariados dejó ininidad de manuales y textos.

Por ejemplo las obras del famoso Emelian Yaroslavski: su trilogía de 1932, 1933 y 1935 titulada *Contra la religión y la Iglesia*, que reúne los artículos del incansable luchador sobre grandes temas como "Octubre en el combate versus la contrarrevolución religiosa", "La revolución de octubre y el desarrollo de Los Sin Dios", "La Iglesia al servicio de los explotadores": Yaroslavski denuncia infatigablemente las contradicciones y perfidias de la Biblia, ridiculiza al clero y lo relaciona con los explotadores.

Otro gran productor de textos antirreligiosos era Cheinman, autor del *Manual antirreligioso* de 1938. Cabría observar que, si antes de 1917 los bolcheviques, como lo demostró Mijail Agurski, a veces veían en las sectas (muy hostiles a la Iglesia oficial) a un aliado objetivo, ése ya no era el caso en los años treinta. Para Cheinman, el fenómeno de las sectas estaba ligado a la aparición del capitalismo en los pueblos de la Rusia del siglo XIX; la persecución zarista a las sectas, igual que los programas judíos, era organizada por el poder como derivado de la Revolución.

La historia de la Iglesia rusa bajo el régimen soviético fue escrita fuera de Rusia y se basaba en los testimonios del samizdat durante los años sesenta y setenta. Esta es la obra más completa que existe a la fecha; su autor es Dimitri Pospelovski y se publicó en Canadá en 1984. En ella, como en las obras de Lev Regelson y de Nikita Struve, buscaremos la historia de las persecuciones y los cismas; en particular, del cisma provocado por el poder ateo en contra del patriarca Tijon, es decir, el cisma de la Renovación (*Obnovlenchestvo*). El patriarca, detenido en 1922, fue liberado y mantenido en arresto domiciliario antes de morir, en 1925. Desde 1918, Tijon, en una carta abierta a Lenin, había levantado una extraordinaria acta de acusación contra el régimen. Citando a Mateo (26:52), le recordaba al nuevo dictador: "Los que se sirvan de la espada, por la espada morirán".

Hoy todos viven con la amenaza de las pesquisas, del pillaje y la muerte. El país entero está arruinado. Al seducir a un pueblo humilde e inculco con la posibilidad de la rapia fácil e impune, habéis entenebrecido su conciencia del pecado [...]. Sí, vivimos los tiempos terribles de vuestra omnipotencia.

En el mensaje del 19 de enero de 1928, tres meses después del abuso de autoridad de Lenin, el patriarca hacía esta acusación pública ante su pueblo:

Es una época penosa la que atraviesa ahora la Santa Iglesia de Cristo en tierra rusa: los enemigos clandestinos o declarados de la verdad de Cristo persiguen esta verdad, se empeñan en que

perezca la obra de Cristo y, en lugar de la caridad cristiana, arrojan por doquier la semilla de la maldad, el odio y las luchas fratricidas [...]. Regresad a vosotros mismos, insensatos; cesad vuestras matanzas. Lo que cometéis no es un mero acto de crueldad: es verdaderamente la obra de Satanás, por la cual merecéis el fuego eterno tras de la muerte y la maldición de las futuras generaciones aquí en la tierra.¹

El único texto escrito dentro de la URSS con el cual podemos comparar este mensaje y esta carta es la crónica de Gorki en *Vida nueva*, titulada "Pensamientos intempestivos". Sin embargo, la carta de Tijon es infinitamente más fuerte. Fue leída íntegramente en la televisión soviética, en una emisión sobre el patriarca, el viernes 26 de octubre de 1990. La Iglesia que emigró a Yugoslavia y a Europa occidental, erigida en jurisdicción durante el sínodo de Sremski Karlovci en Yugoslavia, demostró su incapacidad para ayudar de manera concreta a la Iglesia del interior. El propio patriarca Tijon cambió de actitud y se sometió de la manera más lamentable. La administración eclesiástica temporal de Karlovci protestó por el renovado acto de sumisión del metropolitano Sergei, el "locum tenens", en julio de 1927. No obstante, varios testigos hablan de la renovación de la Iglesia en el momento de la muerte del patriarca, que fue enterrado en el monasterio Donskoi ante una multitud de más de un millón de creyentes.

En todas las parroquias aparecieron confraternidades femeninas dedicadas a la caridad: en especial, visitaban al clero encarcelado. Eran frecuentes las colectas para los que estaban presos por motivos de conciencia y los conciertos de música espiritual. Las iglesias estaban llenas. (Citado por Pospelovski, p. 100.)

Un autor antirreligioso de la época, Marinski, escribe en 1929 que, de un total de 4 345 comunidades religiosas urbanas de todas las órdenes, el 60 por ciento de las parroquias son fieles al patriarca y el 10 por ciento a la renovación; en cuanto a las parroquias rurales, las cifras son respectivamente del 71 y el 8 por ciento (el resto pertenece a otras sectas, muchas de las cuales fueron prohibidas precisamente en 1929).

La prohibición de convocar a un concilio y de elegir un nuevo patriarca, el acto de fidelidad política del *locum tenens* y el metropolitano Sergei perjudicaron más al estado de la religión que las persecuciones. Ahora bien, el acto de fidelidad de julio de 1927 sigue constituyendo hoy un gran freno para la vida religiosa ortodoxa. En la primavera de 1990 surgen las acusaciones contra el nuevo patriarca, Alexis II. Los creyentes y las jurisdicciones exteriores se ven perturbados por la persistencia del "sergismo" en la Iglesia ortodoxa. En el torrente de palabras libres desencadenado desde hace dos o tres años en Rusia, el patriarca casi no deja oír su voz, o por lo menos se expresa de manera tímida.²

La sumisión no detuvo las persecuciones, sino que puso fin al cisma principal de los "sacerdotes jurados". Si se quiere,

¹ Tomado de "L'Eglise orthodoxe face au communisme", *Cahiers idées et forces*, 1950, N° 7-8.

² En diciembre de 1990, Alexis firmó la carta de 53 diputados que pedían la aplicación de la mano dura. No obstante, en enero de 1991, en un artículo publicado por los *Izvestia*, lamentó el derramamiento de sangre en Vilnia.

era el precio que había que pagar por el mantenimiento formal de la Iglesia y de la sucesión apostólica. La Iglesia viva desapareció durante la guerra, aunque todavía perdura en las *Memorias* de Anatol Krasnov - Levitin, refugiado en Suiza, que escribió su historia.

En 1931 dinamitaron el mayor templo de Moscú, la Iglesia de Cristo Salvador, que conmemora la victoria de 1812, y en cuya construcción y decoración participaron los más grandes artistas de los años treinta del siglo XIX: este capital acontecimiento simbólico fue acompañado por otros actos parecidos; miles de templos fueron confiscados o destruidos. Una película notable del periodista Sinelnikov. *¡Ab, Rusia, ab, Rusia!*, nos muestra las miserables ruinas de la antigua ciudad de Uglich donde, por órdenes de Boris Godunov, según la leyenda, murió el zar Dimitri, hijo de Iván IV. Sinelnikov muestra a unos ancianos chimuelos y, al fondo, las iglesias despanzurradas, entre cuyas cúpulas rotas crecen los arbustos. Por boca de esos ancianos se entera de que uno de los viejos atemorizados fue el arrogante joven que subió a la torre para tirar las campanas y los bulbos. "¿Y por qué?" les preguntó. "Éramos felices, era la época y además corríamos el riesgo de ir al Este..." responden hoy. En aquel tiempo parecía que de verdad íbamos a abolir la religión.

Dos textos literarios constituyen el testimonio extraordinario de la ambición del régimen de sustituir el templo cristiano con un templo utópico al hombre nuevo.

Andrei Platonov, ingeniero hidráulico, nos dejó fábulas grandiosas y ambiguas en las que el pueblo busca a través del desierto (como Israel cuando salió de Egipto) una Tierra Santa llamada "comunismo". Los personajes platonovianos se retiran al desierto como los ermitaños cristianos:

Luego de esperar veinticuatro horas en Chevengur, Kopeikin se cansó de la ciudad porque en ella no aspiraba el comunismo: luego del entierro de los burgueses, Chepurni no había sabido vivir con felicidad y se fue al campo a concentrarse y a olfatear el comunismo en la hierba y en la soledad.

Para Platonov, el sol que se mete sobre la estepa se transforma en el padre del comunismo, en una hoguera mística que pondrá fin a la fiebre de los hombres, "motivada por la necesidad de comer": "No era seguro que hubiera invierno en el comunismo; acaso siempre hiciera buen tiempo, pues el sol había salido desde el primer día del comunismo."

En *La excavación*, del mismo Platonov, asistimos al inicio de una nueva torre de Babel. Antes de erigir la torre que asaltará al cielo hay que cavar, y la alegoría platonoviana se vuelve fantásticamente ambigua: la excavación para erigir la torre de los hombres contra Dios es al mismo tiempo una fosa, la fosa común, la fosa del gulag, un hoyo de sombras en el que se hunde la humanidad: "Dentro de diez o veinte años, un ingeniero construirá una torre en el centro del mundo, donde vendrán a vivir para siempre, con felicidad, los trabajadores de todo el mundo."

La persecución al clero fue atroz. Antes de ejecutar a las víctimas, las disfrazaban y torturaban. Otro escritor, Isaac Babel, nos entra al detalle de estas persecuciones en el relato *Iván e Iván*, donde describe el tormento de un diácono que huyó del Ejército Rojo: fingía ser sordo y viajaba con su verdugo, el cual le dispara varias veces al día al ras de las orejas

hasta dejarlo de veras sordo: "No te hagas el inteligente, diácono. ¿Entiendes con qué hombre viajas? Otro te habría ensartado como a un pato, pero yo traté de pescar la verdad que está en el fondo de ti y te enseñé a vivir, monje renegado."

Una pregunta que uno se plantea cuando contempla estos setenta años de persecución es: ¿Cómo se derrumbó tan de prisa el cristianismo en Rusia? En realidad, desde la alborada de la primera revolución rusa nos preguntábamos cuáles eran las razones de su fragilidad. En 1907, el publicista Pokrovskiy planteaba la pregunta en *El semanario moscovita*: "¿Por qué está paralítica nuestra Iglesia?", y Dimitri Filosofov escribía: "nuestra Iglesia ya está muerta y es como Lázaro en el cuarto día". Se dan todas estas razones: la sumisión al poder secular, la persistencia del paganismo y de la "doble fe", la omnipotencia de una burocracia del clero, la persecución de las sectas, el fracaso de las sociedades de pensamientos filosóficos - religiosos estudiadas por Yutta Scherrer, las cuales no pudieron reconciliar a la jerarquía con los intelectuales creyentes.

El hecho es que el poder encontró todos los perseguidores que deseaba. Donde quiera había voluntarios, como lo demuestra en sus *Memorias* Alejandro Zinoviev. Su madre guardaba un retrato de Stalin en su misal, perfecto ejemplo de la primitiva simbiosis de la fe antigua con el ateísmo nuevo.

En el curso de los años veinte, en nuestra región la fe y el agnosticismo se paseaban de la mano [...]. A veces invitábamos simultáneamente al sacerdote y a los miembros del Partido. Toda la isba estaba llena de iconos. Sentábamos a los representantes del poder bajo el icono principal, en el sitio de honor. A principio de los años treinta, con la colectivización, cerraron las iglesias. La población se mostró indiferente. Los pueblos se vaciaban, los creyentes eran cada día menos y la Iglesia perdía sus apoyos. (*Confesiones de un hombre de más.*)

Zinoviev explica en varios de sus libros que se volvió "ateo creyente": que él era su propio Dios y su propio Cristo. El inventor de una fe nueva es uno de sus personajes preferidos en *La antesala del paraíso*, *Ve al Gólgota* y *El Evangelio para Iván*. El Cristo de Zinoviev dice:

A pesar de ir al campo,
íbamos con la fe en los ideales.

En *El Evangelio para Iván*, el país del gulag es "la tercera Roma", como en las teorías del monje del siglo XVI, Filofei, o en las elucubraciones de Chatov acerca del pueblo ruso teóforo en *Los Demonios*: Zinoviev es el vestigio extraordinario del "ateo creyente ruso".

Hace poco fue entrevistado el señor Kaganovich, ministro sobreviviente de Stalin, en el semanario *Hechos y argumentos*, y vimos en él, intacto, al ateo persecutor que fue toda su generación:

Soy y sigo siendo ateo [...]. Soy ateo a toda prueba. He escrito acerca de los asuntos religiosos. Soy antirreligioso. Hoy la disposición del pueblo es tal que [...] todo lo de antes estaba mal. Stalin estaba mal; Molotov estaba mal; Kalinin, Vorochilov y Kaganovich: todo está mal. Ahora culpa a la Revolución de Octubre y al sistema soviético. Hay que darle al pueblo

soviético: no con varas, sino con ideología. Hay que darle, si no, no se puede.

La actitud antirreligiosa de otro dirigente bolchevique, Jruschiov, era igualmente esencial. A fin de contrarrestar el liberalismo económico, reavivó la persecución religiosa. En 1943, Stalin había recibido a Sergei en el Kremlin y lo había autorizado a restablecer el patriarcado a cambio de su adhesión a los esfuerzos bélicos. El año de 1951, con el Congreso de la Paz y la ayuda de los sosos elogios de los jerarcas cristianos, había sido el punto culminante de la Iglesia sometida, pero también de la reapertura de los templos. Jruschiov reinició la persecución activa y cerró más de la mitad de las parroquias y numerosos monasterios. De veinte mil parroquias sólo quedaron ocho mil. La única explicación para este profundo retorno a la persecución tiene que ver con la doble definición teórica del comunismo como abolición de Dios y de la propiedad. Si una de ellas se debilitaba, (al darle los tractores del Estado a los koljoses, Jruschiov auspició una forma "inferior" de propiedad), había que compensarlo reforzando el otro elemento, es decir, el combate contra Dios: y eso se hizo.

No obstante, Jruschiov hizo volver de los campos a millones de trabajadores forzados; Solzenitsin dice que esta decisión fue un verdadero milagro, inexplicable sin la intervención divina. Y de las cárceles soviéticas debía venir una profundísima renovación de la fe religiosa. Al plantear de manera exagerada el problema ético de la supervivencia o desaparición del bien en un sistema, o más bien en una fábrica de inhumanidad, la vida en el gulag, para muchos zeks se planteaba de nuevo el problema de Dios.

Desde luego, no para todos los grandes testigos de lo inhumano. El abogado del diablo, es decir, el escribano de la decadencia inhumana definitiva, es en este caso el gran Varlaam Chalamov. En sus *Relatos de la Kolyma*, Chalamov, con 25 años de cárcel soviética, demuestra en pequeñas narraciones, irrisoriamente tomadas del mundo anterior, que en el gulag el hombre es un *desecho*, idea que ya habían expuesto Platonov en su relato *Viento de inmundicias* y Anton Zoltan Music³ en sus dibujos de Dachua. En el mundillo de enclenques y cabecillas descrito por Chalamov, Dios está del todo ausente: "El poder es la corrupción. Al liberarse de sus cadenas, la fiera que se disimula en el alma humana trata de satisfacer ávidamente su primitivo instinto humano, con golpes y asesinatos."

Lo que Chalamov nos muestra son almas que se congelan más de prisa que los gargajos a menos de cuarenta; son truhanes que se juegan a las cartas la vida de un "político" elegido al azar, como jugaba a las cartas el oficial de la guardia Narumov al principio de *La reina de espadas*, de Pushkin. En *La cruz*, de Chalamov, encontramos el retrato de un sacerdote: un viejo pope se ha quedado ciego y su hijo lo ha repudiado ("Lo que no le fue de ninguna utilidad y tuvo que llevar la marca de Caín hasta la tumba"), su esposa y él han sido expulsados de su vivienda y ya han vendido todas sus pertenencias. Entonces el viejo pope ciego le dice a su esposa, tocándose la cruz: "—Trae el hacha [...]. No mires"

—dice el sacerdote ciego cuando pone la cruz sobre el piso. "El sacerdote ciego toca la cruz y hace oscilar el hacha." El oro de la cruz hecha pedazos ya puede venderse: "Los almacenes Torgsin, donde vendían productos alimenticios a cambio de oro, abrían a las diez de la mañana."

En otro relato, *El estetoscopio*, a Chalamov, o más bien a su narrador, médico de los zeks, una colega le ofrece el Evangelio.

—Carezco de sentimientos religiosos, Nina Semionovna, aunque, por supuesto, me inspiran el mayor respeto...

—¿Cómo, usted, que ha vivido mil vidas? ¿Usted, que resucitó? ¿No ha conocido usted suficientes tragedias aquí?

—No —declaré casi sin voz, helado por mi propio vacío interior. ¿En verdad, no habrá otra salida para las tragedias humanas?

El anciano pope ciego que hace trizas su cruz con el hacha es el antiguo mundo religioso y también es el padre de Chalamov, pope culto de Vologda atraído por la Iglesia Viva; su hijo nos ha dejado un hermoso retrato de él en *El cuarto Vologda*. Chalamov —hijo de un pope liberal, filosemita y partidario de la renovación— se hizo ateo y el espantoso mundo de Kolyma selló para siempre su hostilidad hacia Dios.

Por lo contrario, otros testigos de lo inhumano descubrieron la santidad en el gulag. La catedral de *El archipiélago gulag* de Alejandro Solzenitsin tiene una línea de fuerza secreta que es precisamente la polémica con Chalamov y la tesis de que el alma puede santificarse tras las alambradas. Cuando analiza la historia de la cárcel, la del carbonero Silvio Pellico que se ha vuelto un piadoso católico en la cárcel, Solzenitsin exclama:

Sí, pero ¿y los campos? Aquí se interroga uno. Desde luego, nuestros campos, comparados con la cárcel, son nocivos, venenosos. Desde luego, no han hipertrofiado al Archipiélago por el bien de nuestra alma. No obstante ¿es imposible ahí la elevación del alma?

Evidentemente, la metamorfosis del alma descrita por Solzenitsin es de tipo religioso y cristiano:

Tu alma, antes reseca, es irrigada por el sufrimiento. Si todavía no puedes amar al prójimo como enseña el cristiano, por lo menos aprende a amar a tus prójimos.

También otro gran testigo de lo inhumano, Evguenia Guinzburg, en *Abrupto itinerario* construye su libro sobre la metamorfosis de la elevación, sobre el descubrimiento del camino espiritual hacia lo alto, hacia lo abrupto, y, como Solzenitsin, puede decir: "Sobre la paja podrida de la prisión sentí por primera vez que el bien se movía en mí."

Se ha observado el relativo mutismo de los sobrevivientes del gulag, el síndrome de la supervivencia con sus componentes de autoacusación que Bruno Bettelheim ha descrito en otro contexto. No obstante, queda el hecho global: la colosal experiencia del gulag vivida por millones ha replanteado el problema ético, ha abolido la visión instrumental marxista de un mundo sometido a reglas sociales separables de la ética. En el derrumbe del sistema soviético que presenciamos, el testimonio de lo inhumano y de la supervivencia espiritual

³ Museo de Bailea.

ha desempeñado un papel fundamental... Ese testimonio es lo que ha hecho nacer aquí y allí las voces disidentes. En *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Bergson plantea de nuevo la pregunta que Iván le hace a Aliocha Karamazov: "¿Hagámonos la famosa pregunta: ¿qué haríamos si supiéramos que para la salvación del pueblo, para la existencia misma de la humanidad, en algún lugar hay un hombre, un inocente condenado a sufrir torturas eternas?" Evidentemente, el gulag, es decir, el mundo oculto de torturas colectivas revelado de pronto, desató el primer regreso a la religión en Rusia y, en particular, la aparición de estos profetas "condicionales", Solzenitsin y Sajarov, que anunciaron la depravación definitiva de su país si no se daba una rectificación moral, o lo que puede llamarse el retorno al hombre natural, al hombre universal, a la sociedad abierta de Bergson.

Desde hace cuatro o cinco años, un gran número de ensayos y artículos son en realidad gritos de alarma que toman el lugar de las voces proféticas de los disidentes de los años 70. Klíamkin, Joriákin, Seiuunin, Shmeliov, Vinogradov y otros publicistas denuncian la pérdida del "hombre natural" con sus componentes religioso y económico. Veamos aparecer un nuevo leit-motiv: la palabra "valor". Los grandes comentaristas de la televisión hablaban de la posibilidad de reinstalar los "valores", de volver a elaborar una axiología. Por ejemplo, "el hombre nuevo bolchevique" se centraba en la conciencia de clase y en la vigilancia política. Debía ser insensible; su héroe era el comisario con bata de cuero, tal como lo describe la prosa rusa de los años veinte, sobre todo Boris Pilniak. Ahora bien, resulta que desde hace cuatro o cinco años surge el nuevo concepto de la "compasión". He aquí que el consejero del regreso a los valores tradicionales del hombre ruso, el historiador Dimitri Lijachev, publica sus *Notas sobre la rusticidad* y pone en primer plano a la compasión y la bondad: "Antaño, en la vieja Rusia, nunca se decía de un ser bueno que fuera tonto. El tonto de los cuentos rusos es bueno, así que es inteligente y será retribuido en vida."

Se instituyen Semanas de la Compasión; con los estudiantes se crean brigadas de misericordia; se autorizan —y ahora se solicitan— las obras caritativas de las organizaciones cristianas. Hace cuatro años todavía fue una novedad leer un artículo acerca de un orfanato de la región de Tula, fundado por un rico comerciante a principios de siglo, el cual nunca fue restaurado durante el régimen soviético, y que un equipo de creyentes baptistas había propuesto reparar durante los fines de semana. El director debía defenderse de la acusación de oscurantismo. Hoy admiten de nuevo las visitas de cristianos en las cárceles y los hospitales. Incluso un detenido soviético convertido por un pastor que visita la cárcel fue autorizado a inscribirse en el curso de teología por correspondencia de los adventistas del Séptimo Día (*Ogoniok*, 1991, no. 4). Se reconoce sin ambages la imposibilidad de prescindir del hombre caritativo y creyente. Sin el regreso y recurso al "hombre natural", la sociedad se transforma en ese "ratorium" mezquino y caníbal descrito por el sociólogo satírico Zinoviev en *Altura abierta*.

Si el regreso a lo religioso ha estado marcado por una nueva apreciación de los valores, también es porque por dentro estaba vacío el reflejo mimético del mundo religioso que el bolchevismo había elaborado, con su axiología opuesta a

la del cristianismo (condenaba la piedad y exaltaba la vigilancia del enemigo), con sus ritos seudo-ortodoxos (letanías de las apelaciones oficiales los días de las grandes fiestas, iconografía jerarquizada del cc, etcétera). Hacía mucho que habían desaparecido los "ateos creyentes"; sólo quedaban los burócratas de la ideología. Acabamos de asistir al hundimiento casi total y de golpe de las formas elaboradas por el bolchevismo ateo. Ahora bien, en el devastado mundo soviético no se presentaba ninguna otra forma, no existía ningún otro arrefice de la sociedad civil, fuera de la Iglesia: una Iglesia sometida, minada por la KGB, y de cuyo desmoronamiento interno ha hecho una descripción sobrecogedora Vladimir Volkoff en su novela *Le Trêtre* (amalgama de *prêtre* y *traltre*); una Iglesia que todavía hace poco conoció obispos y sacerdotes mártires, aunque también muchos dignatarios satisfechos, opulentos, de lenguaje acartonado en cuanto salen de la esfera del culto.

El pasado mes de junio, en el último concilio de la Iglesia Ortodoxa de Moscú, fue elegido un dignatario, Alexis II, al cual el informe Furov (llamado como el encargado del Comité del Estado para los Cultos) ponía como número dos en la lista de los jerarcas adictos al poder soviético. Se comprende la protesta de los sacerdotes y creyentes, como la del padre Gueorqui Edelstein, de la que informa *El pensamiento ruso* del 28 de septiembre de 1990: "¿Quién le hace daño a la Iglesia?" Edelstein, acusado de perjudicar a la Iglesia al querer probar que la KGB la controlaba totalmente, replica que el mal proviene de quienes se velan la faz y "permiten que el patriarcado de Moscú siga existiendo en un ambiente de mentiras, de corrupción y delaciones". D. Pospelovski, que consultó los archivos del Comité para los Cultos, disculpa a Alexis diciendo que en sus relaciones con la KGB sólo trataban de la Iglesia, nunca de política, y que lo mismo hacían los demás obispos. La verdad es que la actual jerarquía sigue siendo profundamente "sergiana"; apenas empieza a imaginar una voz independiente de la Iglesia.

No obstante, incluso antes de examinar el problema de la sumisión de la Iglesia a la KGB, conviene recordar que han sobrevivido la forma eclesialística canónica de la Iglesia, su tradición litúrgica y la sucesión apostólica tal como la concibe la Iglesia Ortodoxa; han sobrevivido, aunque hubo un tiempo en que parecían condenadas. ¿Qué otra forma de la sociedad civil logró resistir al bulldozer soviético? Febrilmente Rusia trata de reinventarse precisamente una sociedad civil; un parlamento (aunque sin las clases medias, que deben reinventarse de cabo a rabo), sindicatos, un "club inglés" y también una "asamblea de la nobleza" en Leningrado, y asimismo una nueva clase de cosacos benedicta por la Iglesia y rutilante con sus viejos uniformes. La gran forma social que sale vencedora de la prueba es la Iglesia. En un sentido, el "sergianismo" la mató; en otro, la salvó.

La Iglesia, única forma que sobrevivió a la utopía, está en la encrucijada de las dos grandes cuestiones fundamentales de hoy: la de la memoria y la del arrepentimiento. ¿La memoria? Se trata de compensar decenios de apremiante abolición o deformación del pasado. Asistimos a un deshielo retrospectivo y gigantesco de segmentos enteros de la historia: la historia de las persecuciones, de la guerra civil, del liberalismo en Rusia, del papel de la Iglesia en la creación de la nación, etcétera. Se rehabilita tanto a Stolpin como a Nicolás II,

a Trotski como a Bujarin, a Nabokov como al general Vlasov... Hay una especie de angustia existencial de querer haber sido, de reparar las huellas. Testigo de ello son la revista *Nuestra herencia*, patrocinada por el académico Dimitri Li-jachev; el Fondo de la Cultura Rusa, que trata de conseguir donativos en todo el mundo; el programa de televisión "Slovo", en el cual alternan los emigrados y los hígumenos de los monasterios, dos territorios culturales ligados a la Iglesia. Las festividades de 1988 por el milenio del bautismo de Rusia han hecho culminar esta sed de respetabilidad histórica. El monasterio San Daniel ha sido restaurado; han reintegrado a los monjes el sitio de peregrinación de Optina Pustyn, junto con las tierras colindantes: se publica la Biblia; en los diarios y los semanarios se anexan volantes con los Evangelios: verdaderamente parece el *come back* de la piadosa Rusia de antaño.

El arrepentimiento está muy ligado a la memoria. Una película llamada así, firmada por el cineasta georgiano Abuladze, expuso este tema hace cuatro años. La siguió una multitud de ensayos sobre el tema: "¿Cuál es el camino que lleva al tiempo?" (título de un artículo de Nulkin que hace cuatro años parecía muy audaz y que hoy derribaría las puertas abiertas).

El asunto de la canonización de Nicolás II, de su familia asesinada y de todos los mártires de la guerra civil, fue abierto por el acto de canonización que celebró en Jordanville la Iglesia rusa exilada en los Estados Unidos. En Sverdlovsk se construirá una capilla, en el sitio de la casa Ipatiev.

Pero se trata de mucho más. Todo el país se enfrenta a un inagotable síndrome de culpabilidad; desde hace tres años la nación comprueba ampliamente su fracaso casi total, primero en los análisis y luego en el evidente derrumbe de todo el aparato económico, político, judicial y militar, y esta comprobación no deja de causar un importante daño psicológico. Puede provocar ya sea un odio autodestructor, ya una reacción hipernacionalista y agresiva. No olvidemos que cada República que se separa de la Unión al mismo tiempo le hace un proceso a Rusia, con o sin razón. Sin incitar a la venganza, en su último folleto, *¿Cómo debemos rehabilitar a Rusia?*, Alexander Soljenitsin planteó el problema de la depuración moral del país. Segmentos enteros de la sociedad han participado en las delaciones, las persecuciones, las mentiras. La perestroika de Gorbachov trató de "cambiar los valores" sin cambiar a los hombres. Hoy, Polonia está dividida acerca de la cantidad de depuración necesaria, aunque el problema es menos extenso que en Rusia.

Hace poco escuché en la televisión soviética a un joven sacerdote ortodoxo que peroraba acerca de la introducción del catecismo en las escuelas. Acababa de inaugurarse un liceo ortodoxo dirigido por religiosos. En Siberia, el arzobispo Teodoro de Omsk acaba de celebrar, en la catedral de Omsk, un *Te Deum* con motivo de la graduación de una generación completa de la escuela de militares. El propio arzobispo escribe que cuando se lo solicitaron no lo creía, aunque fue todo un séquito vestido de gala y se arrodilló ante él, e incluía a los padres, las esposas y las novias...

Encendimos todas las arañas, nos vestimos de gala. No olvidéis que esto sucedía por primera vez en setenta años. Empecé dando las gracias a los simpáticos jóvenes porque hacían renacer una buena y antigua tradición. Luego entonamos el *Te Deum*, cantado por el gran coro, y el diácono, en

sus letanías, proclamaba solemnes intenciones para los jefes y los soldados del victorioso ejército ruso; y cuando yo, con la cruz en la mano, empezaba a leer la despedida, todos, al dárseles la indicación, se arrodillaron. Casi lloro de emoción.

La ley sobre cultos promulgada el 1º de octubre de 1990 por el parlamento de la Unión concede a las asociaciones culturales la categoría de persona moral, aunque no da ninguna categoría particular a la Iglesia Ortodoxa. En cambio, parece que el proyecto propuesto al parlamento ruso de la URSS sí le concede una categoría privilegiada, autoriza el catecismo en la escuela y las capellanías en el ejército.

A mi modo de ver, el problema de la construcción del laicismo es fundamental hoy en Rusia. Desde luego, hay que inventarlo todo para recrear en este país una sociedad civil. La coexistencia de esa sociedad civil y de una o varias Iglesias perfectamente independientes debe lograrse *ex nihilo*, ya que, desde que Pedro el Grande abolió el patriarcado, y a pesar del restablecimiento de ese mismo patriarcado en tiempos de Tíjon, de 1917 a 1925, y luego otra vez con Sergei, Alexis y Pímeno, y hoy con Alexis II, la Iglesia Ortodoxa no ha llegado a encontrar verdaderamente el lugar que le corresponde en la sociedad rusa. Me parece simbólica la trágica figura del "Obispo" de Anton Chojov, alejado del mundo ordinario y agobiado por el abismo que lo separaba de la sociedad. El fundamentalismo acecha a la ortodoxia. La Iglesia Ortodoxa no está preparada para el laicismo; todavía sostiene la tesis de que la sinfonía de los poderes espiritual y secular tiene su ideal en la monarquía ortodoxa. "Así como han pasado los tiempos apostólicos y como pasaron los tiempos de los concilios ecuménicos que le dieron a la Iglesia sus preciosos dones, así parece que ha pasado el tiempo de la sinfonía. Pero eso sólo es una hipótesis. El Señor tiene el poder de restaurar a la monarquía en Rusia, pero el error de algunos monárquicos de hoy es el de buscar este fin por medios políticos. La monarquía ortodoxa es un don de Dios." Esta declaración de un representante del patriarcado en una conferencia de laicos acerca de la Iglesia y el Estado fue hecha en noviembre de 1990. La sospecha que el autor hace caer sobre el parlamento, que votó una nueva ley referente a la libertad de cultos y a los poderes que toleran los Uniatos, está muy cerca de una impresión de complot en contra de la Iglesia. Para el autor, Gueorqui Chevkunov, el actual período liberal que conduce a la democracia inaugura una era de discordias, cismas y herejías tan peligrosa como la era anterior. El autor evoca el edicto de Milán de 313 y denuncia a las fuerzas democráticas que se oponen a que se reconozca de nuevo la calidad jurídica de la Iglesia. El supuesto "Estado de derecho", de inspiración protestante, sólo puede ser nocivo para Rusia y reforzar la apostasía... El teólogo francés ortodoxo Olivier Clément decía hace poco que "la historia le ha sido negada al Este" y ponía sobre aviso del peligro, siempre renaciente entre los teólogos ortodoxos fundamentalistas, de oponer la latinidad pecadora a la hermosa y dura ortodoxia. "Y es menester, lo cito yo, rechazar todavía más al antisemitismo patológico que marca tan profundamente al mundo ortodoxo de la Europa del Este". Chevkunov prefiere subrayar una aportación de la Iglesia Ortodoxa rusa a la cristiandad universal: su experiencia de supervivencia en el régimen ateo.

He aquí que se abren otras dos encrucijadas capitales para el futuro de la ortodoxia: la del ecumenismo y la de la exclusión. Sabemos que las parroquias, e incluso las eparquias, proclaman su paso de la jurisdicción de Moscú (mancillada ante sus ojos por la larga sumisión al régimen y a sus esbirros de la KGB) a la jurisdicción de la Iglesia rusa en el exilio, producto del sínodo de Karlovci. He aquí pues a la Iglesia autocéfala de Moscú atacada en su territorio en el momento en que, por lo contrario, y en otro contexto religioso, la libertad cultural y de cultos que se reinstala en Rusia habría podido conducir a la reunificación. Entre las demandas de la Iglesia en el exilio está la de renunciar al "sergianismo", es decir, a la sumisión; está la del reconocimiento de la canonización de Nicolás II y de los demás mártires; está también la renuncia al ecumenismo "ginebrino". Tres demandas que pueden parecer contradictorias, pero no me aventuraré más allá. Tenemos ante nosotros los componentes de un regreso al integrista religioso en la situación soviética.

En Ucrania, la guerra religiosa de las jurisdicciones está en su apogeo, siempre centrada en el problema del contacto entre la latinidad y la ortodoxia, es decir, los ucranios, que han reconquistado a cerca de 3 500 parroquias. No creo que la Iglesia haya reconocido verdadera y plenamente la libertad de conciencia. El Vaticano II no la reconoció. El "séptimo secretario general" de la URSS, el señor Gorbachov, ha adoptado una posición interesante frente a este problema. Desde que Vladimir se decidió por la Iglesia griega, el problema del latinismo en Oriente sigue vivo. Stalin le había entregado los ucranios al patriarca; el patriarca los había aceptado agradecido. Así, al establecer relaciones diplomáticas con la Santa Sede, el señor Gorbachov se decidió por un prudente acercamiento a la latinidad. No dudo que sea muy mal visto en la sede del patriarcado; lo prueba el fracaso del viaje de monseñor Lustiger en 1989. Los textos católicos que llegan a Ucrania se consideran una afrenta. La ortodoxia insiste en rechazar al unitarismo, que se considera una violencia histórica.

Sólo con la latinidad siguen siendo muy antagónicas las relaciones. Ya sea hacia el Renacimiento o hacia la Reforma (a pesar de los lazos tendidos en Ginebra por el ecumenismo), la ortodoxia encuentra, a la salida de un largo túnel histórico, una situación de lo más enredada: no ha decidido cuál es su posición frente a la modernidad. Tomo como prueba un libro filosófico dirigido por el filósofo Guliiga, *Experiencias (Opyty)*, que empieza con un estudio del filósofo Davitov acerca de la "Ética y la perestroika" y que remonta todo el mal del pensamiento utópico a François Rabelais y a su abadía de Thélème. Hay un camino directo del "haz lo que quieras" al "Todo está permitido" de Dostoievski, y al gulag. Acaso podría publicarse una traducción rusa del libro de Lucien Febvre acerca de *La religión de Rabelais*, a fin de destruir esquemas que pecan por exceso de simplismo.

Desde luego, se fundan partidos demócratas y hay proyectos de publicaciones cristianas para elaborar un punto de vista cristiano acerca de la modernidad. Desde luego, la ortodoxia ha tenido brillantes pensadores en este siglo en el pensamiento y la persona de los padres Florenski y Sergei Bulgakov. Florenski murió en el gulag, como mártir. Pero provenían del pensamiento social y se alejaron hacia la cosmología cristiana y la economía sofoclogía del mundo según el padre Bulgakov, concepciones que en verdad no se refieren al "mundo". Es

enorme hoy el problema del aporte intelectual y espiritual.

Frente a ellos está el mundo de las Iglesias protestantes: bautistas, pentecostistas y adventistas, con fuertes casas editoriales como "Protestante" o "La palabra de la reconciliación", con folletos simplistas pero que contestan las preguntas morales de todos los días. Los intelectuales están en el terreno ortodoxo; la clase obrera más bien estaría en el terreno de las "sectas". Entre la teología refinada, muy estética e incomprensible para el pueblo, y los folletos sencillos, eficaces y sin pretensiones intelectuales, hay un vacío inmenso. En Rusia no existe una prensa cultural o política que exprese un punto de vista cristiano acerca de los problemas del mundo.

El último punto de mi exposición: la perturbación que engendra la libertad. El ensayista Igor Vinogradov lo dijo muy bien en el artículo "El peso de nuestra libertad" publicado en agosto de 1990 en el segundo libro de reflexiones acerca de la perestroika, titulado *A través de las espinas*. Ha muerto una fe social: el comunismo. No ha surgido ninguna otra.

"Es una situación verdaderamente única, aparentemente nunca vivida antes por otro pueblo. Pues no le ha sucedido a ningún pueblo en la historia que en un periodo tan prolongado una fe social, una fe en un régimen social, haya ocupado en su alma el lugar de una fe filosófico-religiosa, de una *Weltanschauung* o de diferentes fes filosófico-religiosas que le den su fundamento espiritual a la existencia humana, determinen su sentido y el sistema de valores ligado a ese sentido."

La euforia de la primera perestroika cede hoy el paso a una oscura niebla espiritual que figuradamente llamaré verdadero smog religioso y espiritual. Desde luego, la forma histórica de la ortodoxia es el único edificio que queda en pie. Pero no bastan los bautismos en masa, las peregrinaciones y la recuperación del *usus* ortodoxo (durante las pasadas Pascuas escuché en la televisión al metropolitano Pitirim una larga explicación de cómo se hacen el kulick y la pasja, pese al peligro de salmonelosis debido a los huevos...). Acaso a los krishnaítas y a las sectas orientales les aproveche tanto el regreso de la religión como la ortodoxia. ¿Y cómo explicar de otro modo la increíble moda de los hipnotistas-curanderos que han hecho largas apariciones en las pantallas de la televisión soviética, desde Yuna hasta Kachperovski? Hacen furor sincretismos como el del pintor y sabio himalayano Roerij; las filosofías gnósticas como la de Nicolai Fiodorov, ardentemente difundida por la señora Svetlana Semionova, llenan a reventar las salas.

El pasado mes de septiembre, a las seis de la mañana, en las afueras de Moscú mataron a hachazos a un sacerdote celeberrimo, el padre Alexander Meñ. Este salvaje asesinato, al parecer premeditado, ha reforzado la extraña impresión de niebla espiritual. El padre Meñ, procedente de una familia de judíos conversos y educado por los sacerdotes de la Iglesia de las catacumbas que se resistía al "sergianismo", era un brillante intelectual muy preocupado por establecer el puente entre la ortodoxia y la modernidad. El hacha que lo mató tiene algo especialmente malfélico: es un regreso de las fuerzas oscuras... Encuentro esta reacción en una lectora de Saratov, en el *Panorama editorial (Kniznoe Obozrenie)*, 1990, N° 42: "¡La calle que lleva al templo!... Al padre Alexander lo mataron literalmente en la calle que lleva al templo. ¡Aunque seas tres veces ateo, cómo no ver este pavoroso destino! ¡Ay de nosotros si no logramos tener conciencia de ello!" Desde septiembre han

asesinado a otro sacerdote; corren rumores de que un tercer sacerdote ordenó el asesinato del primero... El smog nos ciega a todos.

Abundan los testimonios de un "cansancio mortal" y de una niebla espiritual. Por ejemplo, el escritor Víctor Konetski escribe: "Nuestro país nunca había tenido un estado de alma tan terrible. Lo comparan con 1905 y 1917... pero yo digo que nos encontramos en una situación límite y que lo que nos sucede acontece por primera vez en la historia del mundo. Tal vez nuestro Estado puede compararse al de Alemania en 1932.

Uno de los últimos artículos del padre Meñ se refería al flujo indistinto de lo mejor y lo peor de Occidente. A los escritores moralistas como Valentín Rasputín que, bajo la gris dictadura de Brezhnev, trataron de que renaciera el hombre cristiano, los desconcierta esa marejada mediática e indiferenciada, y están prestos a aliarse contra natura con el *establishment* del partido que antes combatían. Konetski lo dice brutalmente: "El yakut hambriento en su isba asquerosa verá en la tele rock y chicas con el culo al aire y enfurecido tomará su horquilla o su fusil". Konetski concluye sobre el odio: "Cuando salgo a las calles de Leningrado, que tanto me gustan, caigo en un verdadero mar de odio. Ya no somos más que odio".

No sólo las palabras y la libertad se desgastan a toda prisa; también está a punto de establecerse una situación clínica, sin precedentes, de total desorientación.

Los tiempos han vuelto a cerrarse: las misas celebradas en la primavera de 1990 en la catedral de la Asunción, en el Kremlin; el oficio de muertos cantando en ese mismo lugar por Tíjon; la misa del pasado 13 de octubre en San Basilio el Bienaventurado, en la Iglesia de la Intercesión de la Virgen, transmitida a la multitud de la Plaza Roja; el inicio de la reconstrucción del templo de la Virgen de Kazán en la Plaza Roja; y la Navidad, que ahora es día feriado en la URSS, cierran una era de ateísmo que, en los años treinta, se consideraba a sí mismo como un nuevo milenio. Acaso tomen el hacha fuerzas oscuras, sin duda paganas, probablemente antisemitas... hace cien años, el historiador ruso Kliuchevski daba en la Academia Espiritual un curso inaugural acerca de "los hombres buenos de la antigua Rusia" y demostraba que, en un prolongado desorden social, "la antigua sociedad rusa, bajo la dirección de la Iglesia", había insistido en enseñar el mandamiento del amor a los pobres. Esto iluminó por completo al príncipe Eugenio Trubetskoi, uno de los hombres de antes de 1917 que soñaban con una política cristiana. Sergei de Radonell fue un ejemplo de penetración de la religiosidad en el corazón mismo de la vida espiritual del pueblo. Hoy se han encontrado milagrosamente intactas las reliquias de San Serafín de Sarov, pero el hacha ha vuelto a levantarse contra el icono.

Ha sido y seguirá siendo un enigma el hiato extremo entre esta Rusia de San Sergio y de San Serafín de Sarov, y el desencadenamiento de sacrilegios y violencia de los años veinte: los carnavales antirreligiosos que recuerdan los de Pedro I, la destrucción de los templos y la humillación a los obispos paseados a cuatro patas en las calles de alguna ciudad. Me lo explico por el carácter del ateo ruso, religioso ante todo. Hoy, la opinión descubre espantada la amplitud y atrocidad de la matanza antirreligiosa. "Vivimos sobre un cementerio, andamos sobre una tierra que se ha transformado en reliquia", dice Zóia Krajalimova, condenada en 1982 a seis años en el campo por su fe religiosa. El martirio duró hasta ayer, por así decirlo...

Hoy se abren dos caminos para la Iglesia: el de la restauración formal, social, política y tal vez nacionalista, con los errores del pasado provenientes de la larga sumisión resultante de la "sinfonía" bizantina entre el poder y la Iglesia, y el del regreso a la voz profética de Tíjon, que el poeta Ossip Mandelstam identificaba con la suya propia:

Tal vez me falte el cirio:
Seguiré a pleno día en plena noche.
Respirando las semillas sueltas de la adormidera;
Me tocaré con almitra de las tinieblas
Como el patriarca trasnochado en la ruinoso Moscú,
Llevando sobre mi testa al mundo pagano todavía;
Como Tíjon, el elegido en el último de los concilios,
En los tormentos de la discordia y la negrura de la ceguera.

¿Restaurar sencillamente el templo de Cristo Salvador como si se cerrara el paréntesis de los decenios de dictadura utopizante? Puede que sí, pero quizá carezca de sentido. El arquitecto Yuri Salvierstov acaba de proponer un proyecto radicalmente distinto. Su templo nuevo es una representación aérea del antiguo, mero plano de viguetas de metal sobre un podio que dominará una zanja evocadora de la excavación de Andrei Platonov. Así, en el camino de entrada al templo se pasará por esta zanja de Babel. La Iglesia Ortodoxa de Rusia, a la que le han pedido que se vuelva una especie de "ministerio de la buena moral", se encuentra una vez más, tras el hundimiento de la utopía, ante la tentación de la "sinfonía", de la adaptación a un poder que la halaga insidiosamente y le pide su bendición a la hora del fracaso. Pero ¿qué hará con la "mitra de tinieblas" de Tíjon y con el hacha de los asesinos del amanecer? Rozanov decía en 1918: "los mujiks y los soldados han dado el paso al socialismo, y por ende al ateísmo, con tanta facilidad como si fueran al baño". El mismo Rozanov había diagnosticado lúcidamente en 1918 la fragilidad esencial de Rusia. Ya en *El apocalipsis de nuestro tiempo* decía: "Rusia se ha desteñido en dos días, en tres cuando mucho", y también "Una cortina de hierro cae sobre la historia rusa resonando, chirriando y crujiendo".

En ese sentido, la cortina vuelve a levantarse hoy y termina con un largo cisma ruso. Han pasado 73 años, pero la fragilidad inquietante e hipnótica está ahí de nuevo.

ANEXO

Nuevos documentos de V.I. Lenin publicados en la revista Izvestia n° 6 del PCUS, 1990 (1920-1922)

Nota: El Instituto del Marxismo - Leninismo prepara la publicación del tomo XLII de Lenin, en el cual aparecerán documentos que todavía no han sido publicados y que se refieren a diferentes periodos de su actividad (...). La carta de V.I. Lenin a V.M. Molotov para los miembros del Politburó, fechada el 19 de marzo de 1922, fue publicada, a partir de una copia cuyo origen desconocemos, en el semanario La pensée russe (París), el 1° de abril de 1971, mencionando que se trataba de una reproducción del Messager du mouvement étudiant russe orthodoxe n° 98.

Carta a V.M. para los miembros del Politburó del C.C. del PCR (b), el 19 de marzo de 1922. Secreto total. Favor de no hacer ninguna

copia, en ninguna circunstancia: suplicamos a todos los miembros del Politburó, incluido el camarada Kalinin, que escriba sus observaciones en el propio documento. Lenin.

A propósito de los acontecimientos en Chuia, sobre los que ya deliberó el Politburó, me parece que ahora debemos tomar una decisión inflexible relacionada con nuestro plan general de lucha en esta dirección. Como dudo que pueda estar presente en la sesión del Politburó del 20 de marzo, expongo por escrito mis consideraciones.

Hay que relacionar los acontecimientos de Chuia con el comunicado que acaba de enviar ROSTAS a los diarios prohibiendo su publicación; el comunicado trata de la resistencia que preparan los ultrarreaccionarios de Petrogrado contra el decreto de confiscación de los objetos preciosos del culto. Si corroboramos ese hecho con lo que informan los diarios acerca de la reacción del clero al decreto de confiscación de los objetos preciosos del culto, y asimismo con lo que sabemos del llamado clandestino del patriarca Tijon, será clarísimo que el clero ultrarreaccionario, conducido por su jefe, lleva a efecto un plan perfectamente premeditado para librarnos batalla en este preciso instante.

Es evidente que este plan ha sido discutido y adoptado definitivamente en las reuniones secretas del grupo más influyente del clero reaccionario. Los acontecimientos de Chuia sólo son una de las manifestaciones y aplicaciones de dicho plan.

Pienso que en este caso nuestro enemigo comete un grave error estratégico; trata de atraernos a una batalla decisiva cuando dicho combate es particularmente desfavorable para él y sin solución. Por el contrario, el momento es particularmente favorable para nosotros, incluso es el instante en que tenemos noventa oportunidades sobre cien de aplastar definitivamente al enemigo y de conquistar posiciones que seguirán siendo nuestras durante varios decenios. Es ahora, y no en otro momento (ahora, cuando en las regiones hambrientas se comen a los hombres y en los caminos yacen cientos, si no miles de cadáveres), cuando podemos, y por consiguiente debemos, llevar a bien la confiscación de los objetos del culto con una energía implacable y despiadada, sin detenernos ante ninguna resistencia, sea cual fuere. Es ahora, y sólo ahora, cuando la gran mayoría de la masa campesina estará con nosotros, o por lo menos cuando no tendrá la posibilidad de apoyar el puño del clero y de la pequeña burguesía reaccionaria que desean una política de resistencia violenta al decreto soviético, y pueden lanzarse a ella.

Tenemos que proceder a la confiscación de los objetos del culto de la manera más decisiva y rápida y, por ese medio, adquirir fondos de varios millones de rublos de oro (recordemos las colosales riquezas de algunos monasterios y lauras). Sin estos fondos no podemos pensar en efectuar ninguna acción estatal en general, ninguna construcción económica en particular, ni más particularmente defender nuestras posiciones en Génova. Lo que debemos hacer sin falta es apoderarnos en estos fondos de varios millones y quizá billones de rublos de oro, y sólo ahora podremos hacerlo con éxito. Todo lleva a pensar que después será demasiado tarde, pues sin la desesperación de la hambriera no volveremos a encontrar en las masas populares disposiciones de simpatía o de neutralidad; todo hace creer que en esta batalla por los objetos del culto la victoria estará entera e incondicionalmente entre nuestras manos.

Un escritor avisado en las cosas del gobierno ha dicho con justicia que, si por algún fin político hay que cometer una serie de crueldades, hay que hacerlo de la manera más enérgica y expedita, pues las masas populares no soportan la crueldad demasiado prolongada. Esta consideración es apoyada además por la consideración de que, después de Génova, dada la situación internacional de Rusia, puede sucedernos que las medidas crueles contra el clero reaccionario lleguen a no ser racionales políticamente, e incluso se vuelvan demasiado peligrosas. Además, para la mayoría de nuestros adversarios emigrados, es decir, para los socialistas revolucionarios y los partidarios de Miliukov, el combate contra nosotros será más difícil si precisamente ahora, en el momento de la hambriera, procedemos a aplastar

de la manera más implacable y rápida al clero reaccionario.

Por ello concluyo que debemos librar precisamente ahora el combate decisivo y sin merced contra el clero reaccionario, y aplastar su resistencia con tal crueldad que no lo olvide en varios decenios. En cuanto a la propia campaña, así es como la concibo.

En este asunto no debe aparecer oficialmente más que el camarada Kalinin; de ninguna manera debe intervenir el camarada Trotski, ni en la prensa ni de ningún otro modo. No debe anularse el telegrama ya enviado en nombre del Politburó, que ordena la interrupción de las confiscaciones. Nos será útil pues hará que el adversario crea que contemporizamos y que ha logrado asustarnos (ese telegrama secreto, precisamente porque es secreto, no tardará en llegarles).

Hay que enviar a Chuia a uno de los miembros más enérgicos, sagaces y decididos del TSIK, o a otros representantes del poder central (es mejor un solo hombre), y que uno de los miembros le dé instrucciones orales exclusivamente. Estas instrucciones deben resumirse en que debe detener en Chuia al mayor número posible de representantes del clero local, y de la pequeña y alta burguesía local, cuando menos a varias decenas, por la sospecha de que participan directa o indirectamente en la resistencia violenta al decreto de confiscación. En cuanto termine con este trabajo habrá de comparecer en persona ante el Politburó en pleno, o bien ante dos de sus miembros delegados. Con base en este informe, el Politburó dará a las instancias judiciales indicaciones detalladas, igualmente orales, a fin de que el proceso contra los rebeldes de Chuia, que se oponen a ayudar a quienes padecen hambre, se efectúe con la máxima celeridad y sólo termine con la ejecución de un alto número de los reaccionarios más influyentes y peligrosos de la ciudad de Chuia e incluso, si es posible, no sólo de esa ciudad, sino de Moscú y de algunos otros centros religiosos.

En cuanto al patriarca Tijon, creo sensato de nuestra parte no tocarlo, aunque indudablemente está a la cabeza de los esclavistas rebeldes. A este respecto, conviene dar instrucciones secretas al GPU, a fin de que todos sus movimientos y contactos sean observados y descubiertos desde ahora, de la manera más minuciosa y exacta posible. Indicar a Yeryinski y a Unsicht que a este respecto deberán informar personalmente al Politburó todas las semanas.

En el Congreso del Partido habrá que organizar una sesión secreta con todos o casi todos los delegados a este respecto, con los principales responsables del GPU, del NKJU y del Tribunal Revolucionario. Durante la sesión, hacer que se adopte una resolución secreta del Congreso exigiendo que la confiscación de los objetos preciosos del culto, en particular de los monasterios, lauras e iglesias más ricos, se efectúe a la mayor brevedad y con una decisión imperturbable y sin vacilaciones frente a nadie. Mientras más representantes del clero reaccionario y de la burguesía reaccionaria logremos fusilar, tanto mejor. Precisamente ahora hay que dar a este público tal lección que durante varios decenios se le quite de la cabeza toda idea de resistencia.

Para verificar la rápida y feliz ejecución de estas medidas, habrá que designar en el Congreso, durante esta sesión secreta, y sin ninguna publicidad, a una comisión especial en la que obligatoriamente deberán participar Trotski y Kalinin, y hacer de manera que toda la ejecución de las operaciones les sea sometida sin que se conduzcan en su nombre, aunque dentro del marco del Partido y de los soviets. Designese a los mejores y más responsables ejecutores para llevar a cabo estas medidas en los más ricos monasterios, lauras e iglesias.

Lenin

19 III 22 Suplico al camarada Molotov que se empeñe en que desde hoy lean esta carta sucesivamente todos los miembros del Politburó (sin hacer copias), pidiendo a cada uno que le regrese el documento al secretario tras leerlo, con una breve observación que diga si está de acuerdo con su fondo o si la carta provoca divergencias. □